



PALABRAS

Confinadas Retratos de una pandemia



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE

CATEGORÍA

MENTIÓN HONROSA

Nombre: Rafaela Gómez
Carrera: Magíster en Literatura
Título obra: “El duelo en la manzana”

El último recuerdo que tengo de él antes de la pulmonía, es el de la feria. Digo el último, porque no tengo otra imagen donde aparezca lo suficientemente feliz. No sabíamos que nos tocaría a nosotros. Por las calles del Llanquihue separamos nuestros cuerpos por precaución. Los contagios han ido aumentando. Quizá debimos haberle tomado más el peso, pero la verdad es que no salíamos nunca, ir a la feria era nuestro escape. Respirábamos cuando íbamos por nuestras manzanas al puesto de la vieja Choca.

La pulmonía después le consumió el hálito. Ir a comprar significaba salir con ese arrepentimiento que tiene la gran parte de las personas cuando no les queda más que ceder un poco a la muerte. Si hay algo que decir, no lo sé. La infinitud de la nada rebota contra las paredes de la cuarentena y me remece el duelo. Acá en el sur suele ser fácil, si abro la ventana tengo el bosque, aunque no es algo que yo diga, eso lo decimos todas. La ansiedad la curo con el rito que tienen los queltehues en cada luna llena, y me pregunto si algún día podré abrir mis brazos como ellos bajo la luz o el perdón que nunca dije. No alcancé a pedirle perdón. Varios meses han pasado desde que se fue. No por decisión propia, varios meses han pasado ya desde que el virus le arrebató el único aire que disfrutaba sentir, apropiarse, limpiar sus penas limpiando sus pulmones.

En tiempos de Covid, el amor se me desvaneció como un fantasma que no reconozco, el cuerpo que alguna vez se unió a mis brazos viejos, a la irregularidad de mis caderas, a las líneas sobre mi piel porque el peso fluctúa como quiere y después de ser madre la figura no retorna. Entonces no he vuelto a amar nada desde que lo tuve conmigo. El lenguaje de la herida me hace creer que nada duele lo suficiente. A veces no lo creo y rememoro día tras día la misma escena en la que lo vi tocando las manzanas y diciendo, viejita Choca, tenga cuidado, ¿ha visto las noticias?, aunque era notoriamente más joven que nosotros. En tiempos de covid, esa soy yo, lo sé aunque se me fuguen las palabras que solían decepcionarlo.

Ya no le lloro porque quiero que descanse bien. Es solo mi vértigo, mi ojo invertido ante lo que no quiero que me abandone nunca. Lo vuelvo a saber cuando soy la fuerza triplicada que dice cosas para luego pronunciar el perdón. Le pido perdón dónde sea que esté y le digo que no fue culpa suya, que la vida es demasiado ingrata y ya estábamos viejos.

En todas partes nos advertían, nos metían susto a los de la tercera edad. Te tocó a ti. Ahora mi grito proclama tu existencia junto a los queltehues en alguna noche lo suficientemente iluminada. Ahí me quedo un instante y los observo porque algo de ti dejaste en estos pájaros. Y vuelvo a la cama con miles de preguntas que se apaciguan apenas percibo tu olor entre las cosas que permanecen. Y por eso sonrío como si tu rostro se estuviese mostrando humilde, como si me dijera que tenga fe, que no la pierda, que sea a lo único que me aferre. Y me vuelvo a decir que me haces falta: tus pies calentando los míos en las noches frías, metiendo bulla desde tempranito porque una vez que despiertas no puedes volver a dormir.

Luego el olor a pan achicharrado porque se te olvidan las cosas, con excepción de los huevos frescos que nos regala la vecina Dilsia. Ahí tenía que estar yo haciéndote aguas de monte porque no podías comerte uno o dos como una persona normal. Ahora que no estas, me repito que puedo con la muerte, con el pánico de los medios, con los pies congelados y la vejez. Le pido a Dios que me haga fuerte. Ahora la vieja Choca me regala las manzanas, me dice Carmecita, tenga cuidado, yo puedo ir a dejarle las verduras.

No saben a nada las manzanas más que al último recuerdo que tengo de él eligiendo una que no estuviera demasiado rota. Cuando lo pienso más de lo que debería, me vuelvo una niña. Se me cae lo cotidiano y los recuerdos viejos. Atrás de un arbusto me siento pequeña y los cuentos cobran el sentido que siempre debieron cobrar. Un par de huellas sobre el barro me dice que los círculos nunca concluyen. El ave no retorna. Porque no sabe, porque no sabes dónde estoy, y sin embargo vivimos toda una vida aquí.

Pero no soy esa niña, estoy vieja y él lo estaba. Las tardes pesan más, llegan tardías a lo que se necesita, porque lo necesito conmigo, te necesito. Aunque no te busco y no lloro, quiero que descanses bien. Dejo partir tu cuerpo. No hay nada más que esta osadía achuñuscada que nos dice que ahora me toca a mí. Miro por la ventana esperando que la vieja Choca llegue con las verduras. En mi desolación, lo único que puedo confesar es que mi viejo se murió en luna llena.



ORGANIZA:

DAE | DIRECCIÓN DE ASUNTOS
ESTUDIANTILES

COLABORA:



EDICIONES UC